

¿Sociedad de locos o locura social?

*Lidia Fernández Rivas,
María Eugenia Ruiz Velasco**

En este número de la revista *Tramas*, “¿Sociedad de locos o locura social?”, hemos querido hablar, a partir de diversas aproximaciones, del lugar social que la locura tiene en el mundo contemporáneo. ¿Por qué social? Porque consideramos que el tema de la locura expresada en sus múltiples formas –violencia, indigencia, suicidio, homicidio, guerras–, nos concierne a todos. Existe hoy un disloque social de los valores, de la convivencia, de la solidaridad, que se expresa en conductas cada vez más individualistas y, simultáneamente, más indiferenciadas.

La forma en que se define la locura tiene que ver con cada época histórica y con la relación que la sociedad establece con la “sin razón”. Tanto la religión, el Estado, como el discurso judicial, médico o psicoanalítico se han ocupado del tema de diversas maneras. Generalmente, se ha explicado el fenómeno de la locura como un trastorno particular del sujeto que enferma.

Nosotros nos preguntamos, si existen fronteras entre “el loco” y los otros, ¿cuál es el límite? ¿El sujeto puede pensarse separado de la sociedad en la que vive? ¿De quién es el delirio? ¿Qué contenidos lo conforman? El delirio en sus desfiguros no excluye las preocupaciones de nuestra sociedad actual: el mundo automatizado de la electrónica, la destrucción del planeta, Dios y su relación con el universo, son temas que reco-

* Profesoras-investigadoras del Departamento de Educación y Comunicación, de la UAM-Xochimilco; coordinadoras del presente número de la revista *Tramas*.

ren la denuncia del llamado “enfermo mental”. El “loco” con sus tendencias autodestructivas y sus “pasajes al acto” nos advierte del riesgo del sin sentido de la existencia en un mundo donde se pierden los lazos sociales.

Hay fenómenos del orden de la locura que hoy han sido naturalizados; se ha perdido la capacidad de asombro frente a la violencia y la guerra, y con ella el fundamento de estas acciones.

El hombre común no piensa –o no cree ya– en su capacidad de modificar el curso de la historia con su participación. Se encierra cada vez más en su mundillo cotidiano, artificialmente abarcativo, a través de la pantalla que lo “comunica” con todo, pero que lo abandona a la experiencia de su vacío interior.

En la psicosis hablamos de una confusión entre el plano imaginario y el plano real. Freud señalaba que lo rehusado en el orden simbólico vuelve a surgir en el orden de lo real en forma de delirio o alucinación. Pero hoy, con las falsas cercanías de los lenguajes electrónicos, ¿qué es real y qué es imaginario?, ¿cuál es esa realidad virtual de la que se nos habla? ¿Qué produce esa pérdida de contacto directo, cuerpo a cuerpo, en el amor, en la amistad, en el vínculo con los hijos? La vida cotidiana se llena de monstruos, de fantasmas, de seres extraterrestres que, lejos de ser creados por nuestra imaginación, compiten con la realidad que ahora ocupa su lugar.

Cuando se habla de paranoia desde la psiquiatría, se alude a una crisis vital que tiene que ver con los vínculos externos, por eso esta forma de la locura fue llamada “delirio de relaciones”. ¿No podríamos pensar en formas delirantes de relacionarnos cuando asistimos a episodios como la guerra de Yugoslavia o el holocausto? ¿No predomina en estas situaciones un imaginario plagado de perseguidores? ¿Por qué se destruyen los lazos amorosos para dar paso al odio y a la destrucción? ¿Quién habla detrás de estas conductas locas?

Desde esta situación, ¿qué se puede decir sobre la locura y a quién referirla? La locura sigue siendo un gran enigma. Por ello, queremos hoy nombrarla como algo que nos compromete y sobre lo que debemos reflexionar conjuntamente.